

“La Teoría de la Violencia”

Federico Engels

En : Federico Engels, Obras Filosóficas, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1986, pp. 139-161

LA TEORÍA DE LA VIOLENCIA

”La relación entre la política general y las formas del derecho económico se halla determinada en mi sistema de modo tan decisivo y, a la vez, *tan original* que no estaría de más remitirse especialmente a esto, para facilitar su estudio. La formación de las relaciones *políticas* es el *elemento histórico fundamental* y las supeditaciones *económicas* no son más que un efecto o caso particular y se trata siempre, por tanto, *de hechos de segundo orden*. Algunos de los recientes sistemas socialistas elevan a principio director la falso apariencia de una relación totalmente inversa que salta a los ojos, haciendo brotar, por decirlo así, de las situaciones económicas las infraestructuras políticas. Ahora bien, estos efectos de segundo orden existen, ciertamente, en cuanto tales, y ellos son, en la actualidad, los más sensibles; pero el *elemento fundamental* hay que buscarlo *en la violencia política directa*, y no sólo en la potencia económica indirecta.”

Y lo mismo. viene a decir, en otro lugar, en que el señor Dühring

”parte de la tesis de que las situaciones políticas son la causa decisiva de la situación económica y de que la relación inversa representa solamente una reacción de segundo orden... Mientras no se tome el agrupamiento político por sí mismo como punto de partida, sino que se le trate exclusivamente como un *medio para fines alimenticios*, se representa por lo menos, en sí, aunque se adopte una figura muy hermosa de socialista radical y de revolucionario, una dosis encubierta de reacción”.

Tal es la teoría del señor Dühring. Teoría que se limita a formular y casi diríamos a decretar, aquí y en muchos otros pasajes. Y en ninguno de los tres gruesos volúmenes se hace el menor intento de demostración o refutación del modo de ver contrario. El señor Dühring no nos ofrecería el menor argumento, aunque los armamentos resultaran tan baratos como las zarzamoras. El asunto ha quedado demostrado ya mediante el famoso pecado original, en que Robinson ha esclavizado a Viernes. Fue un acto de violencia y, por tanto, un acto político. Y, como esta esclavización constituye el punto de partida y el hecho fundamental de toda la historia anterior e inculca a ésta el pecado original de la injusticia, hasta tal punto que en los

periodos posteriores éste resulta simplemente atenuado y "convertido en las formas económicas más indirectas de supeditación" y como, además, esta esclavitud primitiva sirve de base a toda la "propiedad fundada en la violencia" que viene rigiendo hasta ahora, es evidente que todos los fenómenos económicos deben ser explicados partiendo de causas políticas, es decir, partiendo de la violencia. Y quien no se dé por contento con esta explicación es un reaccionario redomado.

Señalaremos ante todo que hace falta estar tan enamorado de sí mismo como el señor Dühring para considerar esta concepción tan "original" como él la considera. La idea de que los actos políticos fundamentales y las acciones de Estado constituyen el elemento decisivo de la historia es tan vieja como la misma historiografía y a ella se debe, fundamentalmente, el que la historia haya conservado tan pocas huellas de lo que ocurre por debajo de todo ese estrépito, es decir, del desarrollo real de los pueblos. Esta manera de ver dominaba toda la historiografía del pasado y sólo recibió un golpe sensible con los historiadores burgueses de la Francia del periodo de la Restauración; [76: Referencia a los autores Agustín Thierry, François PierreGuillaume Guizot, François Auguste-Marie Mignet y Louis Adolphe Thiers] lo único "original" es que el señor Dühring no sepa nada de esto. Admitamos, además, por un instante que el señor Dühring tenga razón cuando cree que toda la historia anterior de la humanidad puede reducirse a la esclavización del hombre por el hombre; con esto solo no bastaría, ni con mucho, para llegar al fondo del problema. Habría que preguntarse, partiendo de aquí, cómo logró Robinson esclavizar a Viernes. ¿Simplemente por gusto? Con esto, no sería suficiente, ni mucho menos. Vemos, por el contrario, que Viernes "es sojuzgado al servicio económico como esclavo o simple instrumento y es mantenido como tal instrumento". Robinson esclaviza a Viernes pura y simplemente para beneficiarse con su trabajo. ¿Y cómo puede Robinson beneficiarse con el trabajo de Viernes? Solamente de un modo: haciendo que Viernes cree con su trabajo más medios de sustento de los que Robinson tiene que suministrarle para que esté en condiciones de trabajar. Robinson, pues, faltando a las instrucciones expresas del señor Dühring, "no toma el agrupamiento político" establecido por la esclavización de Viernes como punto de partida por sí mismo, sino "exclusivamente como *medio para fines de alimentación*", y él mismo tendrá que vérselas para arreglarse con el señor Dühring, su dueño y señor.

Por consiguiente, el ejemplo infantil que el señor Dühring inventa expresamente para demostrar que la violencia es "lo históricamente fundamental" demuestra una cosa, y es que la violencia sólo es el medio y el beneficio económico por el contrario el fin. Y cuanto más "fundamental" es el fin por encima del medio que se emplea para alcanzarlo, tanto más fundamental es en la historia el aspecto económico de la relación en comparación con el político. El ejemplo demuestra, por tanto, exactamente lo contrario de lo que se trata de probar. Y lo que ocurre en el caso de Robinson y Viernes ocurre en todos los casos que hasta ahora se nos han presentado de señorío y avasallamiento. "Medio para fines de alimentación" (tomando esto de la "alimentación" en el más amplio de los sentidos), pero

jamás ni en caso alguno un agrupamiento político "implantado en gracia a sí mismo". Hace falta ser un señor Dühring para imaginarse que los impuestos sólo son, en el Estado, "efectos de segundo orden" o que la agrupación política actual de burguesía dominante y proletariado dominado existe "en gracia a sí misma", y no en función a los "fines de alimentación" de la burguesía dominante; es decir, en gracia al lucro y a la acumulación de capital.

Pero, volvamos a nuestros dos hombres. Robinson, "con la espada en la mano", hace esclavo suyo a Viernes. Para lograr esto, Robinson necesita algo más que la espada. Un esclavo no es algo útil para cualquiera. Para poder utilizar a un esclavo, hay que disponer de dos clases de cosas: primero, de los instrumentos y objetos que hagan posible el trabajo del esclavo y, segundo, de los medios para sustentarlo con lo estrictamente indispensable. Para que sea posible la esclavitud, es necesario que la producción alcance ya cierto nivel de desarrollo y que se haya logrado cierto grado de desigualdad en la distribución Y para que el trabajo de los esclavos llegue a ser el modo de producción dominante de toda una sociedad, la producción, el comercio y la acumulación de riqueza necesitan haber alcanzado un nivel bastante más alto. Por eso en las antiguas comunidades naturales en que impera la propiedad común sobre la tierra, la esclavitud no existe o desempeña solamente un papel muy secundario. Esto es lo que ocurría en Roma, la originaria ciudad rural; por el contrario, cuando Roma se había convertido en la "ciudad universal", y la propiedad territorial itálica se hallaba cada vez más en manos de una clase poco numerosa de propietarios enormemente ricos, la población campesina se vio desplazada por una población de esclavos. En tiempo de las guerras persas, el número de esclavos se elevaba en Corinto a 460000, en Egina a 470000 y había diez esclavos por cada hombre libre; [77: Estas cifras fueron tomadas por Engels de la obra del historiador de la Antigüedad Wilhelm Wachsmuth, *Hellenische, Allertuhmkunde aus dem Gesichtspunkte des Staates*, Segunda Parte, sección primera, Halle, 1829, p.44. La fuente de la que se han tomado los datos acerca del número de esclavos en Corinto y Egina en tiempo de las guerras persas (500 - 499 a.n.e.) es la obra del escritor griego Ateneo de Naukratis titulada *Deipnosophistai*, libro VI.] para llegar a este resultado, se necesitaba entonces algo más que la "violencia": se necesitaba una industria artesana) muy desarrollada y un extenso comercio. Y en los Estados norteamericanos la esclavitud descansaba mucho menos en la violencia que en la industria algodonera inglesa; en aquellas regiones en que no se cultivaba el algodón o que no se dedicaban a criar esclavos para los Estados algodoneros, como ocurría en las regiones fronterizas, la esclavitud fue desapareciendo por sí sola, sin recurrir al empleo de la violencia, sencillamente porque no era rentable.

Así pues, si el señor Dühring llama a la actual propiedad una propiedad basada en la violencia y la describe como

"aquella forma de señorío que no se limita a excluir al semejante del empleo de los medios naturales para existir, sino también, cosa que significa mucho más, se basa en el sojuzgamiento del hombre en servicios

de vasallaje”,

invierte totalmente la relación El sojuzgamiento del hombre para fines de vasallaje, bajo todas sus formas, presupone en el sojuzgador el derecho a disponer de todos los medios de trabajo sin los cuales no podría emplear al sojuzgado, y en la esclavitud, además, el derecho a disponer de los medios de sustento, indispensables para mantener la vida del esclavo. Presupone, pues, en todos los casos, la posesión de cierto volumen de riqueza que rebase la media de la fortuna que se posee. Pues bien, ¿cómo se ha llegado a crear esta situación? Es evidente, desde luego, que estos bienes pueden haber sido robados, es decir, nacer de la violencia, pero que esto, aun siendo posible, no es necesario. Esta fortuna puede haber sido adquirida por el trabajo, por el robo, por el comercio o por la estafa. Más aún, para que pueda ser robada es necesario que antes haya sido adquirida por el trabajo. La propiedad privada no aparece en la historia en modo alguno como fruto del robo y la violencia. Por el contrario. Existe ya, aunque limitada a ciertos objetos, en la comunidad natural y primitiva de todos los pueblos civilizados. Y se desarrolla ya dentro de esta comunidad, primeramente en el cambio con los extranjeros bajo la forma de mercancía. Cuanto más los productos de la comunidad adoptan la forma de mercancías, es decir, cuanto menor es la parte de ellas que el propio productor consume, cuanto más prevalece también el cambio dentro de la comunidad y va desplazando la originaria y natural división del trabajo, más predomina la desigualdad en el estado de fortuna de los distintos miembros de la comunidad, más profundamente se socava la antigua comunidad de la propiedad de la tierra, más rápidamente marcha la comunidad hacia, su disolución, para convertirse en una aldea de campesinos parcelarios. El despotismo oriental y la cambiante dominación de los pueblos nómadas conquistadores no pudieron hacer mella en esta vieja comunidad a lo largo de los milenios; la destrucción gradual de su industria casera natural por la competencia de los productos de la gran industria va empujándola cada vez más a su disolución. La violencia no intervino aquí para nada, como no interviene tampoco hoy en el reparto, que aún se lleva a cabo, de la tierra labrantía común de las de los "cortijos" del Mosela y del Hochwald.[78: Véase George Hanssen Die Gehöferschaften (Erbgenossenschaften) im Regierungsbezirk Zrier, Berlín, 1863] Incluso la formación de una aristocracia natural, como vemos entre los celtas, los germanos y en el Pentjab hindú a base de la propiedad común sobre la tierra, no empieza basándose originariamente en la violencia, sino en la voluntariedad y en la costumbre. Donde quiera que la propiedad privada aparece lo hace como consecuencia de las transformaciones operadas en las relaciones de producción y de cambio y del estímulo al comercio, es decir, por causas económicas. La violencia para nada interviene aquí. No cabe duda de que la institución de la propiedad privada tiene ya que existir, antes de que el bandolero pueda apropiarse de los bienes ajenos; es decir, que la violencia puede modificar el estado de fortuna, pero no crear como tal la propiedad privada.

Y tampoco para explicar "el sojuzgamiento del hombre para el servicio de vasallaje" bajo su forma más moderna, es decir, en el trabajo

asalariado, podemos recurrir a la violencia ni a la propiedad basada en ella. Ya hemos dicho qué papel desempeñó la transformación de los productos del trabajo en mercancías, el hecho de producirlos para el intercambio, y no para el propio consumo, en la disolución de la vieja comunidad y, por tanto, en la generalización directa o indirecta de la propiedad privada. Y en *El capital* ha demostrado Marx con claridad meridiana – sin que el señor Dühring se atreva a decir ni una palabra acerca de ello – que, al llegar a cierto grado de desarrollo, la producción de mercancías se convierte en producción capitalista y que, al llegar a esta fase, "la ley de apropiación o ley de la propiedad privada, basada en la producción y circulación de mercancías, se trueca evidentemente, por su propia e inevitable dialéctica interna, en su reverso directo. El cambio de equivalentes, que se revelaba como la operación originaria, se invierte ahora y el cambio pasa a ser una mera apariencia, ya que, en primer lugar, la parte del capital que se cambia por la fuerza de trabajo no es, a su vez, más que una parte del producto del trabajo ajeno apropiado sin equivalente y, en segundo lugar, su productor, el obrero, no sólo lo repone, sino que tiene que reponerlo además con un nuevo excedente" (sobrante) "En su origen, el derecho de propiedad se presentaba ante nosotros como basado en el propio trabajo... La propiedad aparece ahora" (al final de la argumentación marxista), "del lado del capitalista, como el derecho a apropiarse trabajo ajeno no retribuido o su producto, y de parte del obrero como la imposibilidad de apropiarse su propio producto. El divorcio entre la propiedad y el trabajo se convierte, así, en consecuencia necesaria de una ley cuyo punto aparente de partida era su identidad". En otras palabras, incluso aunque descartemos la posibilidad de todo robo, de toda violencia y de toda estafa, aunque admitamos que toda propiedad privada se basa originariamente en el propio trabajo de su poseedor y que en todo el proceso ulterior sólo se cambian valores iguales por valores iguales, siempre llamaremos, necesariamente, en el ulterior desarrollo de la producción y del cambio al modo actual de producción capitalista, es decir, a la monopolización de los medios de producción y de los medios de vida en manos de una clase poco numerosa y a la degradación de la otra, de la clase de proletarios desposeídos que forma la inmensa mayoría de la población, a la sucesión periódica de la producción alocada y la crisis comercial y a toda la actual anarquía de la producción. Toda la trayectoria se explica por causas puramente económicas, sin necesidad de recurrir ni una sola vez al robo, la violencia, el Estado ó a cualquier otra injerencia política. La "propiedad basada en la violencia" resulta ser aquí una baladronada más para encubrir la incomprensión de la marcha real de las cosas.

Este proceso, históricamente expresado, es la historia del desarrollo de la burguesía. Si "los estados políticos fueran la causa decisiva de la situación económica" la moderna burguesía no se habría desarrollado en lucha contra el feudalismo, sino que sería el hijo de su entraña, voluntariamente alumbrado por él. Pero todo el mundo sabe que ocurrió exactamente lo contrario. La burguesía, en sus orígenes estamento tributario de la nobleza feudal dominante, reclutada entre siervos y sometidos de todas clases, estamento oprimido, arrancó en su lucha constante contra la nobleza un puesto de poder tras otro, hasta que por

último la desplazó del poder en todos los países desarrollados; en Francia, derrocando directamente a la nobleza, en Inglaterra aburguesándola cada vez más y convirtiéndola en su propia cúspide ornamental. ¿Y cómo logró esto? Solamente por un camino: haciendo cambiar "la situación económica", a lo que siguió, más tarde o más temprano, voluntariamente o mediante la lucha, un cambio de la situación política. La lucha de la burguesía contra la nobleza feudal es la lucha de la ciudad contra el campo, de la industria contra la propiedad de la tierra, de la economía monetaria contra la economía natural, y las armas decisivas de los burgueses en esta lucha fueron recursos de poder *económico* constantemente en ascenso, gracias al desarrollo de la industria, primeramente artesanal y luego manufacturera y de la expansión comercial. Durante toda esta lucha, la violencia política estaba del lado de la nobleza, si exceptuamos un periodo durante el cual el poder monárquico se valió de la burguesía contra la nobleza para mantener en jaque a un estamento contra otro; pero, a partir del momento en que la burguesía, todavía políticamente impotente, comenzó a ser peligrosa en virtud de su creciente poder económico, la monarquía volvió a aliarse con la nobleza, provocando así, primeramente en Inglaterra y luego en Francia la revolución de la burguesía. La "situación política", en Francia, se había mantenido invariable, mientras que la "situación económica" la había sobrepasado. En el terreno político, la nobleza lo era todo y el burgués no era nada; pero, en cuanto a la situación social, los burgueses eran ahora la clase más importante del Estado, en tanto que la nobleza había perdido todas sus funciones sociales y sólo percibía en sus rentas el pago a estas funciones desaparecidas. Pero esto no bastaba: la burguesía seguía viéndose coartada bajo las formas políticas feudales de la Edad Media, a las que esta producción – no sólo la manufactura, sino también el artesanado – hacía mucho tiempo que había dejado atrás en todos aquellos interminables privilegios gremiales, locales y provinciales, convertidos en meras mortificaciones y trabas de la producción. A ello vino a poner término la revolución de la burguesía. Pero no, según proclama el principio del señor Dühring, adaptando la situación económica a la situación política – lo que en vano habían, intentado hacer durante mucho tiempo la nobleza y la monarquía –, sino, por el contrario, echando por la borda la vieja morralla política enmohecida y creando un estado político de cosas en que podía subsistir y desarrollarse la nueva "situación económica". Y hay que decir que ésta supo desarrollarse brillantemente en la atmósfera política y jurídica a tono con ella tan espléndidamente, que la burguesía ya no está hoy muy lejos de la posición en que la nobleza se hallaba en 1789: cada día más, va revelándose no sólo como algo superfluo, sino como un estorbo social; se aparta más y más de las actividades productivas y se convierte, día tras día, en lo que antes era la nobleza, en una clase que se limita a embolsar sus rentas; y ha transformado así su propia situación y logrado engendrar una nueva clase, el proletariado, sin ningún alarde de violencia, por la vía puramente económica. Más aún. Este resultado de su propia acción ni siquiera ha sido fruto de su voluntad; por el contrario, se ha impuesto irresistiblemente en contra de su voluntad y en contra de sus intenciones: sus propias fuerzas productivas han escapado a su dirección y arrastran a toda la sociedad burguesa, como empujada por una necesidad natural, a la hecatombe o a la

transformación. Y si la burguesía apela hoy al poder para salvar de la catástrofe a la "situación económica" que se hunde, sólo demuestra con ello una cosa, y es que ha caído en el mismo engaño que el señor Dühring, engaño de creer que "la situación política es la causa decisiva de la situación económica"; que creen, al igual que el señor Dühring, que, con el recurso "primitivo", con "el poder político directo", pueden recrear los "hechos de segundo orden", la situación económica y su inatajable desarrollo y, por consiguiente, desterrar del mundo con cañones Krupp y fusiles máuser las consecuencias económicas de la máquina de vapor y de la moderna maquinaria impulsada por ella, los resultados del comercio mundial y del desarrollo actual de la banca y del crédito.

LA TEORÍA DE LA VIOLENCIA (continuación)

Pero, fijémonos un poco más de cerca en esta omnipotente "violencia" del señor Dühring. Robinson, nos dice, esclaviza a Viernes "con la espada en la mano". ¿De dónde ha sacado esta espada? Tampoco en las imaginarias islas de las robinsonadas brotan las espadas en los árboles, y el señor Dühring deja sin respuesta nuestra pregunta. Lo mismo que Robinson ha podido procurarse una espada en aquella isla, podemos nosotros suponer, con la misma razón, que, una buena mañana, se presenta Viernes empuñando un revólver cargado y que, en vista de ello, se invierte la relación de la "violencia": Viernes manda y Robinson, obedeciendo, debe trabajar. Rogamos al lector que nos perdone si insistimos con tanta persistencia en esta historia de Robinson y Viernes, que en realidad tiene su puesto en el cuarto de niños y no en la ciencia, pero ¿qué podemos hacer nosotros? No tenemos más remedio que seguir concienzudamente el axiomático método del señor Dühring, y no es culpa nuestra si, para ello, tenemos que movernos constantemente en el terreno de la infancia. Así pues, el revólver triunfa sobre la espada, y para que podamos, si tenemos suerte, convencer al más infantil de los axiomáticos de que la violencia no es un puro acto volitivo, sino que para su ejercicio se requieren condiciones previas muy reales, a saber, *herramientas* entre las cuales la más perfecta prevalece sobre la menos perfecta y que, además, estas herramientas tienen que producirse, con lo que al mismo tiempo se dice que el productor de instrumentos de violencia, vulgo armas, más perfectas triunfa sobre el de las más imperfectas y que, en una palabra, el triunfo de la violencia se basa en la producción de armas y ésta, a su vez, en la producción en general y, por tanto, en el "poder económico", en la "situación económica", en los medios *materiales* de que la violencia disponga.

La violencia son, hoy en día, el ejército y la marina de guerra, y ambas cuestan, como sabemos por dolorosa experiencia, "una cantidad loca de dinero". Pero la violencia no suministra ningún dinero, sino que, a lo sumo, arrebatada el que por otros conductos se ha suministrado, y tampoco esto sirve de mucho, como también por experiencia dolorosa hemos aprendido en la historia de los cinco mil millones de los franceses.[79: Se

trata de los cinco mil millones de francos que Francia fue obligada a pagar a Alemania después de la derrota en la guerra franco-alemana (1870 - 1871) con arreglo a las condiciones del Tratado de paz , como indemnización de la Guerra] Por consiguiente, el dinero debe conseguirse, en último resultado, por medio de la producción económica, lo que quiere decir que la violencia es determinada por la situación económica, que es la que le suministra los medios para armarse y recibir sus herramientas. Nada tan supeditado a las previas condiciones económicas como el ejército y la marina. El armamento, la composición, la organización, la táctica y la estrategia dependen, ante todo, de la fase de producción y de las comunicaciones que en cada caso existan. El factor que aquí ha revolucionado la situación no son precisamente "las libres creaciones del espíritu" de los geniales caudillos, sino la invención de mejores armas y los cambios que se operan en el material militar; la influencia de los geniales caudillos se limita, en el mejor de los casos, a adaptar el método de lucha a las nuevas armas y a los nuevos combatientes.

A comienzos del siglo XIV, pasó la pólvora de los árabes a los europeos occidentales y revolucionó, como cualquier chico de la escuela sabe, toda la conducción de la guerra. Pero la introducción de la pólvora y de las armas de fuego no fue, ni mucho menos, un logro de la violencia, sino un progreso industrial y, por tanto, económico. La industria es la industria, aunque recaiga sobre la producción o destrucción de objetos. Y la introducción de las armas de fuego no revolucionó solamente la conducción de la guerra misma, sino también las relaciones políticas de señorío y subordinación. Para conseguir pólvora y armas de fuego hacían falta dos cosas: industria y dinero, y las dos estaban en manos de los vecinos de las ciudades. Por eso las armas de fuego fueron desde el primer momento armas de las ciudades y de la monarquía, basada y estimulada en las ciudades contra la nobleza feudal. Las murallas de piedra hasta ahora inexpugnables de los burgos de la nobleza sucumbieron ante los cañones de los burgueses y las balas de los mosquetes de la burguesía traspasaban la armadura caballeresca. Y con la caballería acorazada de la nobleza se derrumbó también la dominación de los nobles. Al desarrollarse la burguesía, la infantería y la artillería fueron cada vez más las armas decisivas; obligado por la artillería, el oficio de la guerra tuvo que crear una nueva subdivisión industrial: los ingenieros militares.

El perfeccionamiento de las armas de fuego fue muy lento. El cañón seguía siendo un arma muy torpe y pesada, y el arcabuz, a pesar de los muchos inventos de detalle, conserva su tosquedad. Hubieron de pasar más de trescientos años hasta que surgió un fusil apto para equipar a toda la infantería. Hasta comienzos del siglo XVIII no fue definitivamente eliminada la pica como armamento de los soldados de a pie por el fusil de chispa con bayoneta calada. La infantería de entonces estaba formada por un tropel de mercenarios al servicio de los príncipes, muy vistosos a la hora de la instrucción, pero muy poco seguros en el combate y a quienes sólo podía mantenerse en cohesión a fuerza de palos: estos mercenarios se reclutaban entre los elementos más depravados de la sociedad y, no pocas veces, entre los mismos prisioneros de guerra, enemigos enrolados a la fuerza, y la única

formación de combate en que estos soldados podían manejar el nuevo fusil era la táctica de línea, que alcanzó su máxima perfección bajo Federico II de Prusia. Toda la infantería de un ejército se distribuía en un gran cuadrilátero cuyos lados eran tres filas de soldados y que, en orden de batalla, se movía solamente en bloque: a lo sumo, se autorizaba a una de las dos alas a avanzar o retroceder un poco. Esta masa pesada y torpe sólo podía moverse en orden sobre un terreno perfectamente raso, y además a un ritmo lento (75 pasos por minuto); resultaba imposible cambiar el orden de batalla en el curso de la acción, y una vez que entraba en fuego la infantería, la victoria o la derrota se decidían muy rápidamente, de un solo golpe.

En la guerra norteamericana de Independencia, estas desmañadas líneas tuvieron que enfrentarse a montones de rebeldes, que no habían hecho la instrucción, pero que sabían disparar muy bien con sus carabinas rayadas, que luchaban por sus propios intereses y que, por tanto, no desertaban, como las tropas reclutadas y que no les daban a los ingleses el gusto de enfrentárseles también en formación de línea y a campo raso, sino en grupos dispersos de tiradores, con una gran movilidad, y en medio del bosque. La línea resultaba impotente y caía ante un enemigo invisible e inaprehensible. Se había descubierto la táctica de los tiradores, nuevo tipo de lucha que respondía a un nuevo material militar.

La obra iniciada por la Revolución norteamericana fue llevada a cabo por la Revolución francesa, también en el terreno militar. A los ejércitos instruidos y reclutados de la coalición, la revolución sólo podía oponer masas numerosas, aunque poco disciplinadas, la leva de toda la nación. Con estas masas había que defender París, es decir, cubrir determinado territorio, para lo cual era necesario triunfar en combate abierto y de masas. No bastaba aquí el combate de tiradores; fue necesario inventar también una forma para el empleo de las masas, y esta forma se encontró en la *columna*. La formación en columna permitía también a las tropas poco instruidas moverse con cierto orden e incluso a cierta velocidad (cien pasos y aún más por minuto), podía romper las formas rígidas de las viejas líneas, permitía también luchar en un terreno desfavorable para la línea, agrupar a las tropas de cualquier modo adecuado y, en combinación con el combate de los tiradores dispersos, detener, ocupar y agotar a las líneas enemigas hasta el momento oportuno para romper la línea en el punto decisivo de la posición, con las masas mantenidas en reserva. Este nuevo método de lucha, basado en la combinación de tiradores y columnas y en la división del ejército en divisiones o cuerpos de ejército integrados por todas las armas, método que Napoleón perfeccionó en el terreno táctico y en el estratégico, se había impuesto como una necesidad, sobre todo al cambiar el material combativo durante la Revolución francesa. Pero este método respondía también a dos condiciones previas de orden técnico muy importantes: la primera era el montaje de las piezas de campaña sobre cureñas más ligeras, que había sido puesto a punto por Gribeauval y que daba a estas piezas el movimiento más rápido exigido de ellas, y, en segundo lugar, la combadura, introducida en Francia en 1777, de la culata del fusil, que hasta entonces era una prolongación del cañón en línea recta;

esta modificación, tomada del fusil de caza, permitía apuntar a un solo hombre con posibilidades de alcanzarlo. Solamente gracias a este progreso resultaba posible la acción de los tiradores con el arma antigua.

El sistema revolucionario que constituía el armamento de todo el pueblo no tardó en limitarse a la conscripción (acompañada del sorteo de quintos, que permitía rescatar a los ricos), y bajo esta forma fue adoptada por la mayoría de los Estados del continente. Prusia fue el único que, con su sistema de la *Landswehr* [80: El sistema prusiano de la *Landwehr*, implantado a base del proyecto de Scharnhorts el 17 de marzo de 1813 incluía la movilización de las viejas quintas del servicio militar obligatorio. En la guerra franco - alemana de 1870-1871, la *Landwehr* (primer llamamiento) participaba en las batallas , como ejército de campaña, al lado del ejército permanente.] movilizó en gran escala la potencia militar del pueblo. Prusia fue, además, el primer Estado que dotó a toda su infantería – después del breve papel que desempeñó el fusil de carga delantera, muy apto para la guerra y perfeccionado entre 1830 y 1860 – del arma novísima que era el fusil rayado de carga trasera. Y a ambas invenciones debió sus éxitos en 1866. [81: Se trata de la guerra turco - austriaca de 1866.]

En la guerra franco-alemana se enfrentaron por vez primera dos ejércitos pertrechados ambos con fusil de carga trasera, y ambos además, esencialmente, con las mismas formaciones tácticas que en tiempos en que los dos manejaban el viejo fusil sin rayas cargado por la culata. Con la diferencia de que los prusianos, al introducir la columna de compañía, intentaron encontrar una forma de lucha más adaptada al nuevo armamento. Pero, el 18 de agosto, cuando cerca de St. Privat,[82: En la batalla librada el 18 de agosto de 1870 cerca de St. Privat triunfaron, con grandes pérdidas, las tropas alemanas sobre el ejército francés del Rin. En la literatura histórica, se conoce como la batalla de Gravelotte] la Guardia prusiana trató de tomar en serio la columna de compañía, los cinco regimientos más empeñados en la lucha perdieron en menos de dos horas más de la tercera parte de sus efectivos (176 oficiales y 5114 hombres); a partir de entonces este método quedó condenado como forma de lucha, al igual que la columna de batallón y la línea; se abandonaron todos los intentos de exponer en lo sucesivo cualquier formación cerrada al fuego de los fusiles enemigos, y el combate, de parte de los alemanes, quedó limitado a los densos enjambres de tiradores en que hasta ahora venían dividiéndose las columnas, regularmente y por sí mismas, bajo el fuego graneado del enemigo, procedimiento que se combatía desde arriba como contrario a las ordenanzas; del mismo modo, dentro del *campo de fuego del enemigo*, el paso de marcha se convirtió ahora en la única manera de moverse. Una vez más, el soldado había resultado ser más inteligente que el oficial; había sabido comprender instintivamente la única forma de combate que hasta ahora se había impuesto en el fuego del fusil de carga trasera y la impulsó, a pesar de la resistencia del mando.

La guerra franco-alemana ha impreso a los asuntos militares un viraje más importante que todas las guerras anteriores. En primer lugar, las armas se hallan hoy tan perfeccionadas, que ya no es posible que se opere

un nuevo progreso que pueda revolucionar estos asuntos. Cuando se dispone de cañones con los que puede hacerse blanco en un batallón hasta donde alcanza la vista, y de fusiles que logran lo mismo apuntando a un solo hombre y que se tarda menos tiempo en cargar que en disparar, cualesquiera otros progresos resultan más o menos indiferentes para la guerra de campaña. Por tanto, la era de los avances, en este punto, ha terminado, en lo esencial. Y, en segundo lugar, esta guerra ha obligado a todos los grandes Estados continentales a introducir el sistema prusiano reforzada de la reserva (*Landswehr*) y con él una carga militar que en pocos años los llevará a la ruina. El ejército se ha convertido en el fin principal del Estado, en un fin en sí: los pueblos sólo existen para suministrar y alimentar soldados. El militarismo domina y devora a Europa. Y este militarismo lleva, además, en sí el germen de su propia ruina. La competencia entre los diferentes Estados los obliga, de una parte, a invertir cada año más dinero en ejércitos, marina de guerra, cañones, etc., es decir, a acelerar cada vez más la hecatombe financiera y, de otra parte, a tomar cada vez más en serio el servicio militar general y obligatorio, lo que en último término significa familiarizar a todo el pueblo con el manejo de las armas, capacitándolo por tanto para que, en un momento dado, su voluntad pueda imponerse a la de los jefes militares. Este momento se presentará tan pronto como la masa del pueblo – obreros rurales y urbanos y campesinos – *tenga* una voluntad. Al llegar a este punto, el ejército de los príncipes se trocará en un ejército del pueblo; la máquina se negará a seguir funcionando, y el militarismo sucumbirá bajo la dialéctica de su propio desarrollo. Y lo que no pudo lograr la democracia burguesa de 1848, precisamente por eso, porque era burguesa y no proletaria, el dar a las masas trabajadoras una voluntad con un contenido acorde con su situación de clase, lo implantará infaliblemente el socialismo. Lo cual significará hacer saltar el militarismo, y con él todos los ejércitos permanentes, *desde dentro*.

Tal es una de las moralejas de nuestra historia de la infantería moderna. La segunda moraleja, que nos lleva de nuevo al señor Dühring, es que toda la organización y todo el método de lucha de los ejércitos, y por tanto la victoria o la derrota, demuestran hallarse supeditados a las condiciones materiales, es decir, económicas: al material humano y al material-armas, es decir, a la cualidad y cantidad de la población y de la técnica. Solamente un pueblo de cazadores como el norteamericano podía volver a descubrir la táctica de los tiradores, y aquellos hombres eran cazadores por razones puramente económicas, exactamente como ahora, por las mismas razones económicas, los mismos yanquis de los viejos Estados se han convertido en campesinos, industriales, navegantes y mercaderes, que ya no actúan como tiradores en las selvas, pero que, en cambio, han avanzado extraordinariamente en el campo de la especulación, donde han progresado también mucho en la movilización de las masas.

Sólo una revolución como la francesa, que emancipó económicamente a los ciudadanos, y sobre todo a los campesinos, podía descubrir los ejércitos de masas y, al mismo tiempo, las formas libres de movimiento contra las que se estrellaban las viejas líneas rígidas, imagen

militar del absolutismo. Hemos ido viendo así cómo los progresos de la técnica, cuando se hacían susceptibles de ser utilizados militarmente, y además lo eran, impusieron inmediatamente y casi por la fuerza los cambios y hasta las revoluciones en los métodos de combate, y además frecuentemente en contra de la voluntad de la dirección del ejército. Hasta qué punto, además, la conducción de la guerra depende de la productividad y de los medios de comunicación de la propia retaguardia y del escenario de la guerra es algo acerca de lo cual cualquier suboficial un poco enterado podría decir muchas cosas al señor Dühring. En una palabra, son siempre y en todas partes las condiciones económicas y los recursos de poder de que se dispone los que ayudan a la "violencia" a triunfar y sin los cuales ésta deja de ser tal violencia. Y quien, siguiendo los principios del señor Dühring, se empeñe en reformar los asuntos militares partiendo del punto de vista contrario, no recogerá más que azotes. (Esto es cosa ya bien sabida en el Estado Mayor prusiano. "El *fundamento* de los asuntos militares es, en primer lugar, la estructura económica de la vida de los pueblos", dice el señor Max Jähns, capitán de Estado Mayor, en una conferencia científica (Kölnische Zeitung ["Gaceta de Colonia"], 20 de abril de 1876, hoja 3).[83: La Conferencia de Max Jähns Vortrag *Macchiavelli und der Getanke der allgemeinen Wehrpflicht* se publicó en los números 108, 110, 112 y 115 de la Kölnische Zeitung de 18, 20, 22 y 25 de Abril de 1876.)]

Y si pasamos de la tierra al mar, nos encontramos, solamente en los últimos veinte años, con una revolución mucho más profunda todavía. El barco de combate de la guerra de Crimea [84: La guerra de Crimea (1853-1856) librada por Rusia contra las fuerzas coaligadas de Inglaterra, Francia y Cerdeña fue provocada por el choque entre los intereses económicos y políticos de estos países en el cercano Oriente.] era el buque de madera de dos o tres puentes, con 60 a 100 cañones, que preferentemente se movía todavía a vela y sólo contaba, a manera de refuerzo, con una pequeña máquina de vapor. Estaba montado, principalmente, con piezas de 32 libras y cañones de unos 50 quintales y, como complemento, solamente unas cuantas piezas de 68 libras o 95 quintales. Hacia el final de la guerra, aparecieron las baterías flotantes acorazadas de hierro, pesadas y casi inmóviles, pero que, frente a los cañones de aquel tiempo, eran monstruos invulnerables. La coraza de hierro no tardó en extenderse también a los buques de guerra; al principio era más bien delgada; cuatro pulgadas de espesor se consideraba ya un blindaje extraordinariamente pesado. Pero los progresos logrados por la artillería no tardaron en superar el blindaje; para cada espesor de blindaje que gradualmente se inventaba se descubría un nuevo cañón pesado, que lo traspasaba fácilmente. De este modo, hemos llegado ya hoy a las diez, las doce, las catorce y las veinticuatro pulgadas de blindaje (Italia va a construir un barco con tres pies de espesor de blindaje). Y, de otra parte, cañones rayados de 25, 35, 80 y hasta 100 toneladas y que lanzan a distancias increíbles proyectiles de 300, 400, 1700 y hasta 2000 libras. El actual barco de combate es un gigantesco vapor de hélice que desplaza de 8 a 9000 toneladas, con una potencia de 6 a 8000 caballos, torrecillas móviles y 4 y, como máximo, 6 piezas pesadas y una proa que termina por debajo de la línea de flotación en un espolón destinado a echar a pique los barcos enemigos. Es una gigantesca máquina única en la que el

vapor se encarga de efectuar, no sólo una rápida propulsión, sino también el pilotaje, las maniobras del ancla, la rotación de las torres, la puntería y la carga de los cañones, el bombeo del agua, el lanzamiento al mar de las lanchas salvavidas, que en parte están también movidas a vapor, etc. Y la carrera entre el blindaje y la eficacia del tiro no ha llegado, ni mucho menos, a su término, hasta el punto de que, hoy en día, y de un modo casi general, un barco de guerra, antes de ser botado, no responde ya a lo que de él se exige y ha envejecido antes de su botadura. El barco de guerra moderno no es solamente un producto, sino que es también, al mismo tiempo, un exponente de la gran industria moderna, una fábrica flotante, que, sin embargo, produce sobre todo un derroche de dinero.

El país en que más desarrollada se halla la gran industria ostenta casi el monopolio de la construcción de buques de guerra. Todos los acorazados turcos, casi todos los rusos y la mayor parte de los alemanes se construyen en Inglaterra; las placas de blindaje, cualquiera que sea su uso, se fabrican casi exclusivamente en Sheffield; de las tres fábricas metalúrgicas de Europa que son las únicas que están en condiciones de suministrar las piezas más pesadas, dos (las de Wbolwich y Elswick) son inglesas y la tercera (Krupp) pertenece a Alemania.

Por estos datos vemos de la manera más palpable cómo la "violencia política directa" que es, según el señor Dühring, "la causa decisiva del estado económico" se halla, por el contrario, enteramente supeditada al estado económico; cómo no sólo la producción, sino también el manejo de los instrumentos de violencia por mar, de los barcos de guerra, se ha convertido a su vez en una rama de la moderna gran industria. Y que esto sea hoy así no contraría a nadie tanto como a la violencia del Estado, al que un barco de guerra le cuesta hoy tanto como antes una pequeña flota y que tiene que resignarse a que estos barcos tan caros envejezcan y, por tanto, se deprecien antes de lanzarlos al mar y que seguramente se irrita contra este estado de cosas tanto como el señor Dühring, viendo que el hombre del "estado económico", el ingeniero, es, hoy mucho más importante a bordo que el representante de la "violencia directa", el capitán. En cuanto a nosotros, no tenemos ninguna razón para enojarnos al ver cómo en este pugilato entre el blindaje y el cañón, el barco de guerra se perfecciona hasta el colmo del refinamiento, lo que lo hace tan inasequible como militarmente inutilizable, (El perfeccionamiento del último producto creado por la gran industria para la guerra en el mar, el torpedo de propulsión automática, parece destinado a poner en práctica el resultado siguiente: en estas condiciones, el más pequeño torpedero sería superior al más potente acorazado. (No debe olvidarse, por lo demás, que lo que precede se escribió en 1878)[85: La última parte de la observación que aparece entre paréntesis fue añadida por Engels en 1885 a la tercera edición del Anti-Dühring] (F.E.)), con lo que la guerra naval pone de manifiesto aquellas mismas leyes dialécticas internas con arreglo a las cuales el militarismo, como cualquier otro fenómeno histórico, está llamado a perecer ante las consecuencias de su propio desarrollo.

Por tanto, también aquí vemos con toda claridad que no es, en modo

alguno, "el elemento primitivo el que debe buscarse en la violencia política directa, y no, primeramente, en un poder económico indirecto". Por el contrario, ¿qué es lo que se revela precisamente como "lo primitivo" en la violencia? Es el poder económico, el poder disponer los recursos de poder de la gran industria. El poder político naval, basado en los modernos buques de guerra, no demuestra ser, en modo alguno, un poder "directo", sino que le sirve de *mediador* al poder económico, al gran desarrollo de la metalurgia, al mando sobre técnicos diestros y sobre minas de carbón abundantes.

Pero, ¿a qué todo esto? Si en la próxima guerra naval entregáramos el alto mando al señor Dühring, destruiría sin necesidad de torpedos ni otros artificios todas las flotas acorazadas construídas por la "situación económica", recurriendo simplemente a su "violencia directa".

LA TEORÍA DE LA VIOLENCIA (final)

"Constituye una circunstancia muy importante que, en realidad, la dominación de la *naturaleza* pase primero, en general (!), por la dominación del *hombre*" (¡una dominación que pasa primero por otra!). "La valorización de la propiedad de la tierra en grandes extensiones no ha podido nunca ni en parte alguna llevarse a cabo sin el previo sojuzgamiento del hombre en cualquier tipo de esclavitud o servidumbre. La implantación de una dominación económica sobre las cosas presupone siempre como premisa la dominación política, social y económica del hombre por el hombre. Habría sido imposible concebir siquiera un gran terrateniente sin pensar al mismo tiempo en su señorío sobre los esclavos, sobre los siervos o los indirectamente sometidos a él. ¿Qué significación habría podido o podría tener para una explotación agrícola extensa la fuerza del individuo, aunque a ella se sumara, cuando mucho, la aportación de las fuerzas de la familia? La explotación de la tierra o la expansión del señorío económico sobre ella, en una extensión que sobrepase las fuerzas naturales del individuo, sólo es posible, en la historia anterior, siempre y cuando que antes o al mismo tiempo, con la implantación del señorío sobre la tierra, se implante también la correspondiente sumisión del hombre. En los periodos posteriores de la evolución este sojuzgamiento se ha atenuado... la forma actual que presenta es, en los países más civilizados, la de un trabajo asalariado más o menos regentado por el régimen de policía. Sobre éste descansa, por tanto, la posibilidad práctica del tipo de la riqueza actual que se manifiesta en el señorío extenso de la tierra y (1) en la gran propiedad territorial. Es evidente que todos los otros tipos de la riqueza actual pueden explicarse históricamente de modo parecido, y la supeditación indirecta del hombre bajo el hombre, que actualmente forma el rasgo fundamental de los estados económicamente más desarrollados, no puede explicarse ni comprenderse por sí misma, sino solamente como una herencia más o menos modificada de una sumisión y de una expropiación directas anteriores."

Así dice el señor Dühring.

Tesis.”: el señorío de la naturaleza (por el hombre) presupone el señorío del hombre (por el hombre).

Demostración: la valorización de la *propiedad* de la tierra *en grandes extensiones* no puede ni ha podido nunca llevarse a cabo más que por medio de siervos. Demostración de la demostración: ¿cómo podría haber grandes terratenientes sin siervos, puesto que el gran terrateniente, con su familia, sólo podría explotar una pequeña parte de sus tierras? Así pues, para demostrar que el hombre, para someter a la naturaleza, necesita ante todo sojuzgar al hombre, el señor Dühring convierte “la naturaleza” sin más en “propiedad de la tierra en grandes extensiones” e, inmediatamente, vuelve a convertir esta propiedad territorial – sin que se nos diga a quién pertenece – en la propiedad de un gran terrateniente, que, naturalmente, no puede cultivar su tierra sin siervos.

En primer lugar, “dominación de la naturaleza” y “valorización de la propiedad de la tierra” no son una y la misma cosa. La dominación de la naturaleza se lleva a cabo por medio de la industria en proporciones mucha más gigantescas que con la agricultura, que, hasta, hoy, tiene que dejarse llevar por el estado del tiempo, en vez de dominarlo a él. En segundo lugar, cuando nos limitamos a la valorización de la propiedad de la tierra en grandes extensiones, interesa saber a quién pertenece esta propiedad territorial. Y, planteada así la cosa, vemos que al principio de la historia de todos los pueblos civilizados no aparecen solamente los “grandes terratenientes” que aquí nos desliza con su habitual arte de prestidigitador el señor Dühring, que llama a ese arte “dialéctica natural”, [86: “Dialéctica natural” llama Dühring a su dialéctica “por oposición a la de Hegel“, “para desprenderse así expresamente de cualquier comunidad con los embrollados fenómenos de la parte decadente de la filosofía alemana”, es decir, de la dialéctica “antinatural” de Hegel. (Véase el libro de Dühring) *Naturalische dialektik.. Neue logische Grundelemente der Wissenschaft und Philosophie*, Berlin, 1865] sino que aparecen también las comunidades tribales y rurales, con su propiedad comunal sobre la tierra. Desde la India hasta Irlanda, vemos que la valorización de la propiedad de la tierra en grandes extensiones corre, al principio, a cargo de estas comunidades de la tribu y la aldea, una veces cultivando colectivamente las tierras labrantías por cuenta de la comunidad y, otras veces, en forma de parcelas de tierra separada que la comunidad asigna a las familias, manteniendo en disfrute común las tierras de bosques y de pastos. Y no deja de ser significativo, una vez más, para juzgar de “los penetrantes estudios profesionales” del señor Dühring “en el campo político y jurídico” el que no sepa una palabra de todas estas cosas; el que todas sus obras respiren una total ignorancia acerca de los trascendentales estudios de Maurer sobre la primitiva organización de la Marca germánica, [87: Las obras del jurista e historiador George Ludwig von Maurer acerca del orden medieval de la comunidad urbana y rural y el papel económico y social de la Marca abarcan dos volúmenes: *Einleitung zur Geschichte der Mark-Hof-Dorf und Stadt-Verfassung und der öffentlichen Gewalt* (Munich, 1854), *Geschichte der Markenverfassung in Deutschland* (Erlangen, 1856) ; *Geschichte der Frohöfe, der Bauernhöfe und der Hofverfassung in Deutschland* (Erlangen, 1865 -

1866) y *Geschichte der Städteverfassung in Deutschland*, en cuatro tomos (Erlangen, 1869 - 1870)] que constituye el fundamento de todo el derecho alemán, el que desconozca la voluminosa literatura sugerida principalmente por Maurer, que se ocupa de demostrar la existencia primitiva de la comunidad de la tierra en todos los países civilizados europeos y asiáticos y de estudiar sus diferentes formas de existencia y disolución. Así como en el campo del derecho francés e inglés el señor Dühring "adquirió por sí mismo toda su ignorancia", a pesar de lo grande que era, así en el campo del derecho germánico, donde su ignorancia es todavía mayor. Este hombre, que se considera a tantos codos de altura sobre el limitado horizonte de los profesores universitarios, se halla hoy, en el campo del derecho germánico, a lo sumo, en el lugar en que se encontraban todavía los profesores de hace veinte años.

El señor Dühring se deja llevar "de su libre creación e imaginación" cuando afirma que, para valorizar la propiedad de la tierra en grandes extensiones, se necesitan terratenientes y siervos. En todo el Oriente, donde son propietarios la comunidad o el Estado, ni siquiera se conoce en el lenguaje la palabra terrateniente, acerca de lo cual puede el señor Dühring informarse por los juristas ingleses, quienes en la India se atormentan inútilmente con esta pregunta: ¿quién es terrateniente?, como en su tiempo el príncipe Enrique LXXII de Reuss-Greiz-Schleiz-Lobenstein? Eberswalde se torturaba con la pregunta: ¿quién es el velador nocturno? Fueron los turcos los primeros que, en el Oriente, en los territorios conquistados por ellos, implantaron una especie de feudalismo territorial. Grecia entró en la historia ya en la época heroica con una división en estamentos que era, a su vez, el fruto visible de una larga e ignorada prehistoria; pero también aquí vemos que la tierra es cultivada, preferentemente, por campesinos independientes; las grandes fincas de los nobles y los príncipes tribales constituyen la excepción y poco después, desaparecen sin dejar huella. Italia fue roturada, principalmente, por los campesinos; en los últimos tiempos de la República romana, cuando las grandes extensiones de tierra, los latifundios, habían desplazado a los campesinos parcelarios, sustituidos por los esclavos, fue desplazada también la agricultura por la ganadería, lo que, como ya sabía Plinio, constituyó la ruina de Italia (*latifundia Italiam perdidere*).[88: Cayo Plinio II, *Historiae naturalis libri XXXVII, lib. XVII, 35.*] En la Edad Media predomina en toda Europa (principalmente al ser roturadas las tierras yermas) el cultivo campesino, siendo indiferente para el problema de que aquí se trata qué tributos tuvieran que pagar estos campesinos a cualquier clase de señores feudales. Los colonos de la Frisia, de la Baja Sajonia, de Flandes y del Bajo Rin, los que cultivaban las tierras del Este del Elba arrancadas a los eslavos, trabajaban como campesinos libres a un tipo de renta muy favorable, y en modo alguno "bajo un tipo cualquiera de prestaciones forzosas".

En Norteamérica, la inmensa mayoría de la tierra fue abierta al cultivo por el trabajo de campesinos libres, mientras que los grandes terratenientes del Sur esquilmaban la tierra con sus esclavos y sus cultivos rapaces hasta llegar un momento en que sólo se daban en ella los abetos, por lo que el cultivo del algodón iba deslizándose hacia el Oeste. En

Australia y en Nueva Zelanda, fracasaron todas las tentativas del gobierno inglés por crear artificialmente una aristocracia de la tierra. En una palabra, exceptuando las colonias tropicales y subtropicales en las que el clima vedaba el trabajo agrícola a los europeos, resultan una pura fábula de la fantasía eso de los grandes terratenientes que someten la naturaleza por medio de sus esclavos o siervos, roturando la tierra. Por el contrario. Allí donde el gran terrateniente aparece en la antigüedad, como en Italia, no rotura las tierras yermas, sino que convierte en terrenos de pastos las tierras labrantías roturadas por los campesinos, despoblando y arruinando países enteros. Solamente en la época moderna, a partir del momento en que la mayor densidad de población eleva el valor de la tierra y, sobre todo, desde que el desarrollo de la agronomía convierte en utilizables las tierras peores, comienza la gran propiedad territorial a participar en la roturación de tierras baldías y terrenos de pastos, principalmente, tanto en Inglaterra como en Alemania, mediante el despojo de las tierras comunales de los campesinos. Y esto no se llevó a cabo tampoco sin su contrapartida. Por cada acre de tierra de la comunidad que los grandes terratenientes roturaron en Inglaterra, transformaron en Escocia, por lo menos, tres acres de tierras cultivables en pastos para ovejas y, por último, incluso en cotos de caza para las piezas de montería.

Nos referimos aquí exclusivamente a la afirmación del señor Dühring de que la roturación de grandes extensiones de tierra y, por tanto, casi toda la tierra cultivable no se llevó a cabo "nunca ni en parte alguna" más que por medio de grandes terratenientes y siervos, afirmación que, como hemos visto, supone una ignorancia verdaderamente inaudita de la historia. No tenemos, pues, para qué preocuparnos aquí de saber hasta qué punto, en diversas épocas, fueron cultivadas por esclavos extensiones de tierra ya enteramente o en gran parte roturadas (como ocurrió en el apogeo de Grecia) o por siervos (como las tierras señoriales desde la Edad Media) ni de conocer cuál ha sido la función social de los grandes terratenientes en las diferentes épocas.

Y, después de exhibir ante nosotros esta magistral pintura de la fantasía, en la que no sabe uno qué admirar más, si las artes de prestidigitador de bolsillo o el falseamiento de la historia, el señor Dühring exclama triunfalmente:

"¡Evidentemente, los demás géneros de la riqueza repartida *deben explicarse todos históricamente de un modo parecido!*"

Con lo que, naturalmente, se ahorra el esfuerzo de decir ni una triste palabra acerca del nacimiento del capital, por ejemplo.

Si el señor Dühring, con su señorío del hombre por el hombre como condición previa para el señorío de la naturaleza por el hombre sólo quiere decir, en general, que todo nuestro actual estado económico, la fase de desarrollo de la agricultura y de la industria hoy alcanzada, es el resultado de una historia de la sociedad a través de las contradicciones de clase, de las relaciones de señorío y sojuzgamiento, dice algo que desde el *Manifiesto*

Comunista, es decir, desde hace mucho tiempo, es ya un lugar común. De lo que se trata es precisamente de explicar el nacimiento de las clases y de las relaciones de señorío, y como el señor Dühring se limita a emplear la palabra "violencia", estamos donde estábamos al principio. El simple hecho de que los dominados y los explotados sean en todos los tiempos mucho más numerosos que los dominantes y los explotadores, lo que quiere decir que la violencia efectiva está en manos de aquéllos, basta para poner en claro la necesidad de toda la teoría de la violencia. De lo que sigue tratándose, por tanto, es de explicar las relaciones de señorío y sojuzgamiento.

Estas relaciones han nacido por dos caminos.

Los hombres entran en la historia tal y como originariamente salieron del reino animal, en el sentido estricto de la palabra, a medias animales todavía, toscos e impotentes aún frente a las fuerzas de la naturaleza, todavía ignorantes de sus propias fuerzas y, por tanto, pobres como las ratas y apenas más productivos que ellos. Reina entonces cierta igualdad en cuanto a las situaciones de vida y, en lo que se refiere a los jefes de las familias, también una especie de igualdad con respecto a la posición social; por lo menos, la ausencia de clases sociales, que todavía perdura en las comunidades agrícolas naturales de los pueblos civilizados posteriores. En aquellas comunidades a que nos referimos existen desde el primer momento ciertos intereses comunes cuya salvaguarda se confía a determinados individuos, pero bajo la vigilancia de la comunidad: el fallar los litigios, la represión de las transgresiones de quienes se exceden de sus derechos; la regulación de las aguas de riego, sobre todo en los países cálidos; por último, dado el carácter primitivo y salvaje de la situación, las funciones religiosas. Estas asignaciones de funciones se encuentran en todo tiempo en las comunidades primitivas, por ejemplo en las más antiguas corporaciones de la Marca germánica y todavía hoy en la India. Huelga decir que estos funcionarios están dotados de cierta plenitud de poderes y constituyen los inicios del poder del Estado. Poco a poco, van elevándose las fuerzas productivas; la mayor densidad de población crea en unas partes intereses comunes y en otras intereses encontrados entre los diferentes miembros de la comunidad, cuya agrupación en unidades más amplias provoca una nueva división del trabajo, la creación de órganos para velar por los intereses comunes y defenderse contra los intereses antagónicos. Estos órganos, que, como representantes de los intereses comunes a todo el grupo, ocupan frente a cada comunidad de por sí una posición especial y, en ocasiones, encontrada, no tardan en independizarse todavía más, en parte, y en un mundo en que casi todo funciona de un modo natural por el carácter hereditario casi evidente de las funciones y en parte por resultar indispensable cada vez más, a medida que aumentan los conflictos con otros grupos. No es necesario que entremos aquí a examinar cómo esta independización de la función social frente a la sociedad pudo llegar, con el tiempo, a convertirse en un poder sobre ella; cómo el primitivo servidor, allí donde la ocasión le era propicia, fue convirtiéndose gradualmente en dueño y señor y cómo, a tono con las circunstancias, este señor se manifestaba como déspota o sátrapa oriental, como príncipe tribal griego, como jefe celta

del clan, etc., y cómo, finalmente, los distintos individuos dominantes se aglutinaron en una clase.

Lo único que aquí nos interesa es dejar sentado que el señorío político se basa siempre en una función social, y además sólo se mantiene en pie, a la larga, mientras esta función social es cumplida por él. Por muchos que fueran los déspotas que desfilaron por Persia y la India, todos ellos sabían perfectamente que eran, sobre todo, los encargados de regentar el riego de los valles, sin el cual no era posible allí la agricultura. Les estaba reservada a los ilustrados ingleses el ignorar esto, en la India. Dejaron que las esclusas y los canales de irrigación se desmoronasen, hasta que, por último, la repetición regular de las epidemias de hambre les enseñó que habían descuidado la única actividad cuyo ejercicio podía legitimar su poder en la India tanto, por lo menos, como el de sus predecesores.

Pero, al lado de esta formación de clases discurría otra. La división natural del trabajo dentro de la familia agrícola, permitió, al llegar a cierta fase de prosperidad, incorporar a ella una o varias fuerzas de trabajo traídas de fuera. Así ocurrió, principalmente, en los países en que había desaparecido ya la antigua comunidad de tierras o en que, por lo menos, el viejo cultivo en común había dejado el puesto al cultivo individual de los lotes de tierra por las familias correspondientes. La producción se había desarrollado de manera que la fuerza humana de trabajo podía crear más de lo necesario para su simple sustento; existían los medios para sostener a más fuerzas de trabajo y también los necesarios para darle ocupación; la fuerza de trabajo adquiría, así, un *valor*. Pero la propia comunidad y la colectividad a que ésta pertenecía no suministraba fuerzas de trabajo disponibles, excedentes. Las suministraba, en cambio, la guerra, que era tan vieja como la coexistencia simultánea de varios grupos de la comunidad. Hasta ahora, no se sabía qué hacer con los prisioneros de guerra, a los que, sencillamente, se daba muerte, en vez de comérselos, como en una fase anterior. Pero, al llegar la etapa actual de la "situación económica", los prisioneros de guerra adquirieron un valor, razón por la cual se les respetó la vida, para aprovechar su trabajo. Por donde la violencia, en vez de dominar la situación económica, se puso, por el contrario, al servicio de ella. Se había inventado la *esclavitud*. Ésta se convirtió pronto en la forma dominante de la producción en todos los pueblos que se habían desarrollado hasta más allá de la comunidad primitiva, hasta que, por último, se convirtió en una de las causas fundamentales de su decadencia. Fue la esclavitud la que hizo posible en gran escala la división del trabajo entre la agricultura y la industria y permitió, con ello, el florecimiento del mundo antiguo el mundo de los griegos. Sin esclavitud no habrían llegado a existir el Estado griego, el arte y la ciencia de Grecia; sin esclavitud, no habría llegado a crearse el Imperio romano. Y sin los fundamentos de Grecia y de Roma no existiría tampoco la moderna Europa. No debemos olvidar que todo nuestro desarrollo económico, político e intelectual tuvo como premisa un estado de cosas en que la esclavitud era necesaria y se hallaba, además, generalmente admitida. En este sentido, tenemos razones para decir que sin la esclavitud no existiría el socialismo moderno.

Nada más fácil y más barato que lanzar andanadas y frases generales contra la esclavitud y otras lacras por el estilo, derramando torrentes de alta indignación moral contra injusticias tan escandalosas. Con ello, desgraciadamente, no se hace más que repetir lo que todo el mundo sabe, es decir, que estas antiguas instituciones no corresponden ya a nuestras realidades actuales y a nuestros sentimientos, determinados por esas realidades. Pero esto no nos enseña nada acerca de cómo nacieron estas instituciones, de por qué existieron y qué papel desempeñaron en la historia. Y, cuando entramos en estos problemas, tenemos que decir, por muy herético y contradictorio que ello pueda parecer, que la implantación de la esclavitud representó, en las condiciones de aquel entonces, un gran progreso. Es un hecho que la humanidad arrancó del estado animal y necesitó, por tanto, de medios bárbaros y casi animales para remontarse sobre la barbarie. Las antiguas comunidades, allí donde subsisten, forman desde hace milenios, desde la India hasta Rusia, el fundamento de la forma más tosca de Estado, que es el despotismo oriental. Solamente allí donde esas comunidades se han disuelto han seguido avanzando los pueblos por sí mismos, y su primer progreso económico consistió en la elevación y el desarrollo de la producción por medio del trabajo de los esclavos. Es evidente: mientras el trabajo humano era todavía tan poco productivo, suministrando muy poco excedente después de cubrir las necesidades más perentorias, el auge de las fuerzas productivas, la expansión del comercio, el desarrollo del Estado y el derecho, la fundación del arte y la ciencia, sólo eran posibles mediante una división del trabajo reforzada, basada necesariamente en la gran división del trabajo entre las masas, proveedoras del simple trabajo manual, y los pocos privilegiados que atendían a la dirección del trabajo, al comercio, a los negocios del Estado y, más tarde, a las actividades del arte y de la ciencia. Y la más simple y más natural forma de esta división del trabajo era precisamente la esclavitud. Partiendo de las premisas históricas del mundo antiguo, especialmente del mundo griego, el progreso, en una sociedad basada en los antagonismos de clase, sólo podía adoptar la forma de la esclavitud. Incluso para los esclavos representaba esto un progreso: los prisioneros de guerra entre los que se reclutaba la gran masa de los esclavos, conservaban ahora, por lo menos, la vida, en vez de ser exterminados como antes, o incluso tostados vivos.

Aprovechamos la ocasión para añadir que todas las anteriores contradicciones históricas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas encuentran su explicación en la misma productividad relativamente pobre del trabajo humano. Mientras la población realmente trabajadora se ve tan absorbida por su trabajo necesario que no le queda tiempo para atender a los asuntos comunes de la sociedad – la dirección del trabajo, los negocios del Estado, los asuntos jurídicos, el arte, la ciencia, etc.– tuvo que existir necesariamente una clase especial que pudiera velar por estas actividades, libre como se halla del trabajo real, sin que esto fuera nunca obstáculo para sostener la carga de trabajo de las masas trabajadoras en el propio beneficio de esa clase. Sólo el inmenso desarrollo de las fuerzas productivas que trae consigo la gran industria permite repartir el trabajo sin excepción entre todos los miembros de la sociedad, limitando el tiempo de trabajo de cada cual en la medida

necesaria para que a todos les quede suficiente tiempo libre para participar – teórica y prácticamente – en los asuntos generales de la sociedad. Solamente ahora, por tanto, podemos decir que es superflua y hasta se ha convertido en un obstáculo para el desarrollo social cualquier clase dominante y explotadora, y solamente ahora, como consecuencia de ella, será implacablemente barrida, por mucho que se halle en posesión de lo que el señor Dühring llama la "violencia directa".

Si el señor Dühring arruga la nariz hablando de los griegos, porque su sociedad se basaba en la esclavitud, con la misma razón podría achacar también a los griegos el que no llegaran a inventar la máquina de vapor y el telégrafo eléctrico. Y cuando afirma que la servidumbre asalariada moderna no es más que una variante y una herencia atenuada de la esclavitud y que no puede explicarse por sí misma (es decir, por las leyes económicas de la sociedad moderna), esto sólo puede significar una de dos cosas: o que trabajo asalariado y esclavitud son formas de servidumbre y de dominación de clase, lo que cualquier niño sabe, o que lo que dice es falso. Con la misma razón podríamos decir que el trabajo asalariado sólo puede explicarse como una forma atenuada de la antropofagia, de la forma primitiva de utilización de los enemigos vencidos, vigente en todas partes, según hoy se ha comprobado.

Por lo expuesto puede verse claramente cuál es el papel que la violencia desempeña en la historia, comparada con el desarrollo económico. En primer lugar, toda violencia política descansa originariamente en una función económica, social, y va potenciándose a medida que, mediante la disolución de la comunidad primitiva, los miembros de la sociedad se convierten en productores privados y, por tanto, van sustra yéndose cada vez más a los administradores de las funciones sociales comunes. Y, en segundo lugar, una vez que la violencia política se hace independiente frente a la sociedad y se convierte de servidora en dueña, puede actuar en una de dos direcciones. Puede actuar en el sentido y en la dirección que marcan las leyes del desarrollo económico, en cuyo caso no media conflicto alguno entre ambos factores y el desarrollo económico es acelerado. Y puede también actuar en sentido contrario, y entonces sucumbe, con pocas excepciones, al desarrollo de la economía. Estas pocas excepciones a que nos referimos son casos aislados de conquistas en que los conquistadores, más atrasados, arrasan o desalojan a la población de un país y asuelan o dejan perecer las fuerzas productivas, de las que no saben qué hacer. Los cristianos, en la España árabe conquistada por ellos, dejaron arruinarse la mayor parte de las obras de irrigación a que se debía el gran desarrollo de la agricultura y la jardinería, en aquel país. Toda conquista por un pueblo más atrasado entorpece, evidentemente, el desarrollo económico y destruye numerosas fuerzas productivas. Pero, en la inmensa mayoría de los casos, cuando la conquista es duradera, el conquistador más rezagado tiene que adaptarse a la "situación económica" más elevada que la conquista misma pone de relieve; esta situación es asimilada por el conquistador, quien, en la mayoría de los casos, tiene que adoptar, incluso, su lengua. Pero allí donde – prescindiendo de los casos de conquista – el poder interior del Estado de un país choca con su desarrollo económico, como hasta ahora y en cierta

fase ha ocurrido casi siempre con el poder político, la lucha termina casi siempre con el derrocamiento de éste. El desarrollo económico se abre paso inexorablemente y sin excepción, y ya hemos mencionado el último ejemplo palmario de esto, que es el de la gran Revolución francesa. Si, como sostiene la teoría del señor Dühring, la situación económica, y con ella la constitución económica de un determinado país dependiera simplemente de la violencia política, no' se ve por qué Federico Guillermo IV, después de 1848, a pesar de su "espléndido ejército de guerra",[89: "Espléndido ejército de guerra": frase de la felicitación del año nuevo enviada al ejército prusiano por Federico Guillermo IV, el 1 de enero de 1849. En su artículo "Una felicitación de año nuevo" hace Marx una crítica de estas palabras.] no logró injertar los gremios medievales y otras manías románticas a los ferrocarriles, las máquinas de vapor y la gran industria que entonces se estaba desarrollando en su país, o por qué el zar de Rusia, a pesar de ser mucho más poderoso que aquél, no sólo no pudo pagar sus deudas, sino que ni siquiera fue capaz de mantener su "violencia" sin contratar repetidos empréstitos con la "Situación económica" de la Europa occidental.

Para el señor Dühring, la violencia es el mal absoluto, el primer acto de violencia que se perpetró representa para él el pecado original y toda su exposición es un discurso jeremiaco en que vemos cómo toda la historia anterior se contamina con ese pecado original y cómo todas las leyes naturales y sociales se ven contaminadas y corrompidas por el poder demoníaco de la violencia. Inútilmente buscaremos en él una sola palabra acerca del otro papel que la violencia desempeña en la historia, acerca del papel revolucionario que hace de ella, como dice Marx, la comadrona de toda vieja sociedad que lleva en su entraña una sociedad nueva, lo que hace de ella el instrumento por el que se impone el progreso social, rompiendo con las formas políticas caducas o agonizantes. Solamente entre suspiros y gemidos admite la posibilidad de que tal vez –¡desgraciadamente! – haya que recurrir a la violencia para derrocar una economía de explotación, pues el empleo de la violencia desmoraliza a quien echa mano de ella. Y todo esto ante el poderoso auge moral y espiritual que toda revolución victoriosa trae consigo. Y, además, en Alemania, donde el poderoso choque que podría imponerse al pueblo tendría por lo menos la ventaja de acabar con el estado de sumisión que ha sido impuesto a la conciencia nacional desde la guerra de los Treinta Años.[49: La guerra de los treinta años (1618-1648) fue una guerra que abarcó a toda Europa y surgió en Bohemia con un levantamiento contra el yugo de la monarquía de los Hasburgo y los avances de la reacción católica. Sobre la marcha, se convirtió en una guerra entre los príncipes católicos de Alemania y los países protestantes (Bohemia, Dinamarca, Suecia, La Holanda burguesa, y una serie de Estados alemanes en que se había implantado la Reforma, apoyados por los reyes franceses, rivales de los Hasburgo) Alemania se convirtió en escenario principal de la lucha, objeto de saqueo y rapiña de los beligerantes. La guerra, que en su primera fase tenía carácter de resistencia contra las fuerzas reaccionarias de la Europa feudal-absolutista, condujo, sobretodo desde 1635, a una serie de invasiones del suelo alemán por los conquistadores rivales extranjeros. La guerra terminó en 1648 con la concertación de la paz de Westfalia, que afianzó la disgregación política de Alemania.] ¿Y esta mentalidad de

predicador mortecino, cobarde y carente de vigor tiene la pretensión de imponerse al partido más revolucionario que conoce la historia?



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

© CEME web productions 2003 -2007 